

SPANISH A1 – HIGHER LEVEL – PAPER 1
ESPAGNOL A1 – NIVEAU SUPÉRIEUR – ÉPREUVE 1
ESPAÑOL A1 – NIVEL SUPERIOR – PRUEBA 1

Wednesday 5 November 2003 (afternoon)

Mercredi 5 novembre 2003 (après-midi)

Miércoles 5 de noviembre de 2003 (tarde)

2 hours / 2 heures / 2 horas

INSTRUCTIONS TO CANDIDATES

- Do not open this examination paper until instructed to do so.
- Write a commentary on one passage only.

INSTRUCTIONS DESTINÉES AUX CANDIDATS

- Ne pas ouvrir cette épreuve avant d'y être autorisé.
- Rédiger un commentaire sur un seul des passages.

INSTRUCCIONES PARA LOS ALUMNOS

- No abra esta prueba hasta que se lo autoricen.
- Escriba un comentario sobre un solo fragmento.

Comente el texto 1(a) o el texto 1(b).

1. (a)

En casa había una enciclopedia de la que mi padre hablaba como de un país remoto, por cuyas páginas te podías perder igual que por entre las calles de una ciudad desconocida. Tenía más de cien tomos que ocupaban una pared entera del salón. Era imposible no verla, ni tocarla. Yo mismo, por aburrimiento, abría a veces uno de aquellos libros desmesurados, de tapas negras, y leía lo primero que me salía al paso con la esperanza de encontrar un callejón oscuro, pero sólo veía palabras pequeñas que desfilaban por la página con la monotonía de una hilera de hormigas infinita. Mi padre estaba obsesionado con la enciclopedia y con el inglés. Cuando decía que iba a estudiar inglés, era que en casa estaba a punto de suceder una catástrofe que no tenía nada que ver con los idiomas.

En aquella época yo tenía un talismán que me ayudaba a conseguir cosas; se trataba de un zapato minúsculo, de piel, que pertenecía a un hermano mío que no llegó a nacer: un aborto. Cuando el embarazo se malogró, mis padres se deshicieron de las ropas que habían comprado anticipadamente para él, pero yo conseguí rescatar aquel zapato que tenía el tamaño de un dedal. Un día papá me lo quitó muy irritado y lo arrojó a la basura.

– Ya no tienes edad – dijo – de creer en talismanes.

– ¿Y por qué tú sí puedes creer en el inglés?

No me respondió, pero cambió de expresión, como si le hubiese descubierto un secreto indeseable. A mí, como venganza, me dejaron de interesar por completo los volúmenes oscuros de la enciclopedia, y entonces él aseguró que el día menos pensado, si persistía en no leer, los libros saldrían volando de casa, como pájaros, y nos quedaríamos todos sin palabras. Algunas noches, al meterme en cama, intentaba imaginar un mundo sin palabras; suponía que habíamos empezado a perderlas por orden alfabético y que de la *A* sólo nos quedaban de *asesino* en adelante, así que no teníamos *aire* ni *abejas* ni *abogados* ni *abreviaturas* ni *aceros* ni *acicates* ni *ancianos*. Los acicates me daban lo mismo, porque no sabía lo que eran; lo malo es que también habíamos perdido el *alumbrado*, las *algas* y los *Alpes*, además de *Argentina* y *América*. Una catástrofe natural, en fin, cuyo responsable era yo.

Si me dormía con estas imágenes, despertaba al poco huyendo de la pesadilla de haberme quedado mudo, que en el sueño constituía la forma más perturbadora de estar ciego. Así que empecé a vigilar la enciclopedia y el resto de los libros de la casa como si fueran enemigos. Y ellos, desde su opacidad, me acechaban también con algo de rencor, culpándome por anticipado de aquel desastre ecológico comparable al de la desaparición de variedades zoológicas. De manera que, cuando oía hablar de especies en extinción, ya no pensaba en los lagartos, ni en los búfalos, sino en palabras. Escogía una cualquiera, *escalera*, por ejemplo, y comenzaba a darle vueltas a la posibilidad de que desapareciera. Repasaba mentalmente los lugares a los que no podría bajar el resto de mi vida, y comenzaba a sudar y a ponerme pálido de miedo.

Mi madre, después de preguntar mil veces qué me ocurría sin que yo consiguiera inventar nada razonable, acabó llevándome a un médico que me examinó de arriba abajo sin encontrar justificación a aquellos repentinos estados de malestar, por lo que me recetó unas vitaminas, ignorando que esa palabra, *vitamina*, tenía los días contados y que era ya más difícil de encontrar que la hormiga roja del Pirineo.

Volvimos a casa en autobús, sentados uno frente al otro. Mamá no dejaba de observarme con desconfianza, como si supiera que ocultaba un secreto que me hacía daño. 45 Entonces imaginé que desaparecía la palabra *madre* y comencé a transpirar mientras me demudaba sin remedio. Ella se alarmó un poco y sugirió que bajáramos del autobús para regresar andando, pero no era posible bajar de ningún sitio porque habíamos perdido la palabra *escalera* y todas las de su familia, de manera que el autobús se había quedado sin *escalón* de bajada. En otras circunstancias, habríamos podido saltar, pero comprobé que 50 también *salto* se había extinguido; tendríamos que pasar el resto de nuestras vidas dentro de aquel sucio vehículo, rodeados de personas que no conocíamos.

Mi padre, entre tanto, continuaba utilizando la enciclopedia como medio de transporte con el que llegaba a lugares que nosotros no podíamos imaginar, y en los que la gente, con frecuencia, se entendía en inglés. [...] A mí me tranquilizaba el hecho de que 55 fuera y viniera de la enciclopedia con aquella frecuencia, porque pensaba que era una forma de que las cosas se mantuvieran en su sitio y de que hubiera vitaminas y madres y escaleras y abogados. [...] Pero no entendía bien por qué, siendo la enciclopedia un modelo de organización, la realidad no se ajustaba siempre al orden alfabético. El *uno*, por ejemplo, iba antes del *dos* aunque la *U* era una de las últimas letras del abecedario. 60 Además, *desayunábamos* antes de *comer* y *comíamos* antes *cenar*, cuando en una progresión alfabética se debería comenzar el día con la *cena* para continuar con la *comida* y acabar la jornada con un buen *desayuno*. Esta falta de acuerdo permanente entre el mundo enciclopédico y la existencia real constituyó una de las preocupaciones más fuertes de mi infancia.

Juan José Millás, *El orden alfabético* (1998)

1. (b)

SONETO

Donde pongo la vida pongo el fuego
de mi pasión volcada y sin salida.
Donde tengo el amor, tengo la herida.
Donde dejo la fe, me pongo en juego.

5 Pongo en juego mi vida, y pierdo, y luego
vuelvo a empezar, sin vida, otra partida.
Perdida la de ayer, la de hoy perdida,
no me doy por vencido, y sigo, y juego

lo que me queda: una respuesta de esperanza.
10 Al siempre va. Mantengo mi postura.
Si sale nunca, la esperanza es muerte.

Si sale amor, la primavera avanza.
Pero nunca o amor, mi fe segura:
jamás o llanto, pero mi fe fuerte.

Ángel González, *Sin esperanza, con convencimiento* (1961)
